



Con sus propias manos da de comer a los animales./Foto: Vicente Brito

Nací entre las patas de los caballos

Asegura Yailín Cruz Rodríguez, criadora de bestias de raza, un oficio poco común para mujeres. También rememora sus años como amazona nacional

Xiomara Alsina Martínez

Muy cerca de la comunidad de El Majá, la joven Yailín Cruz Rodríguez desempeña un oficio poco común para mujeres: la cría de caballos raciales. En estos momentos atiende 18 ejemplares, entre los que figuran sementales, yeguas y sus descendientes; todos de la raza warhorse o cuartos de milla, como también se les conoce a los que mantienen su linaje y ascendencia prácticamente original.

“Yo nací entre las patas de los caballos —dice—, en un sitio conocido como Las Tunitas, en el municipio de Taguasco, y a los cuatro años ya desfilaba como jinete en los actos por el Primero de Mayo, acudía a la escuela primaria y secundaria sobre el lomo de un animal y de vuelta a casa, los bañaba, alimentaba y cuidaba. Ahora tengo mi propia finca, a la que nombré Ela, en honor a la primera yegua campeona que tuve”.

La destacada criadora de la provincia cuenta con múltiples reconocimientos en todas las ferias del país: fue atleta del rodeo, amazona provincial y nacional desde el 2005 hasta el 2013, resultó varias veces campeona de la carrera entre barriles y representó a Cuba en varios eventos internacionales.

“Cuando tenía 19 años me inicié como vaquera en el equipo provincial —confiesa—. Fue una etapa hermosa, de mucho rigor, pues antes se hacían elecciones para la amazona que exigían de conocimiento y preparación. Luego salí embarazada y concluyó esa faceta de mi vida; aunque nunca me he desprendido totalmente de la ganadería, yo adoro los caballos, ya tenía algunos de clase y entonces decidí continuar como criadora racial”.

¿Cómo logras ejemplares con tanta pureza?

Fue en el 2010 en una feria en Granma, a la que asistía como vaquera, que me acerqué al Comandante Guillermo García Frías y le solicité ayuda para obtener un semental cuarto de milla de pura raza; poco después me llamaron para buscar el potrero en Rancho Azucarero, una unidad de Flora y Fauna de la provincia de Mayabeque. Lo traje con tres años y busqué yeguas con estirpe para la reproducción, desde entonces Fuego, así se nombra ese caballo, me ha dado crías de muy buena calidad.

¿Te resulta difícil el adiestramiento de estos animales?

No, aunque detrás de un logro hay mucho sacrificio. A mí me da resultado amansarlos desde que nacen. Yo les hago el parto a las yeguas o estoy a su lado cuando llegan a término. Lo que una haga con los potrillos en los primeros 15 o 20 días de nacidos nunca más lo olvidan. Entonces los acaricio, les pongo una jáquima pequeña, les doy alimento con mis propias manos. Eso los apega a mí y en la medida que crecen me consideran como su otra mamá.

El manejo con el animal es determinante y requiere de cumplir con horarios a los que están acostumbrados. Yo me levanto a las cinco y media de la mañana cada día, hago el café y comienzo con la limpieza de las cuadras; luego reparto la primera dosis de pienso y de hierba (son dos al día).

¿Premios como criadora?

Esos les corresponden a mis animales, aunque detrás de ellos está mi empeño. No se gana un premio de la nada, hay que esforzarse mucho, los caballos llevan una dieta balanceada, hay que desparasarlos, cuidarlos; pero desde el 2014 he logrado galardones en todas las categorías. Aquí cuento con animales de uno y otro sexo que alcanzaron la categoría de campeones, campeones de campeones y reservados de campeones. En la última Feria de Rancho Boyeros, en marzo de este año, con solo tres animales obtuve 11 títulos. Después se nos han acercado criadores de muchas provincias y algunos hasta han venido a la finca en busca de mis sementales para obtener buenas crías.

¿Un recuento de tu vida vaquera?

En el 2013 gané todos los reconocimientos en carrera entre barriles, pero también representé a Cuba en el Campeonato Mundial de la Mujer Vaquera, desarrollado en Colombia, y en otros eventos realizados en Costa Rica y Guatemala.

Sin embargo, ya hoy mi vida gira alrededor de los caballos, no de los barriles; pero, sobre todo, alrededor de mi familia, de mi pequeño hijo Wrangler, mi futuro vaquero, ese que amanece a mi lado y en las noches, cuando hacemos guardia a los animales en el potrero, está con los ojitos abiertos porque quiere ser también parte de esta historia.

Los desvelos de Niria

Escambray dialoga con una septuagenaria fundadora del movimiento de Brigadistas Sanitarias en la provincia

A veces sonríe; otras, se queda absorta en los recuerdos, aquellos que la devuelven al pasado. Entonces piensa en voz alta, como si estuviera haciendo un monólogo de su vida, y cuenta que llegó a Siguaney siendo apenas una adolescente: el 2 de enero de 1959, bajo el fulgor del triunfo revolucionario.

Habla que su primera casa fue un rancho de yagua y guano, ubicado a la orilla del camino real, y que, ante el llamado de Fidel de agruparse para crear las comunidades, a su familia la siguieron otras que vivían en los callejones entre Zaza del Medio y Taguasco.

“Esa fue la antesala de lo que es hoy este pueblo”, explica Niria de las Nieves Albiza Paredes, una septuagenaria federada que ha hecho historia con su ejemplo y consagración.

“Comenzamos a crear las Milicias, luego la Agrupación de Mujeres Cubanas, que posteriormente devino Federación; la Asociación de Jóvenes Rebeldes y otras organizaciones, porque todas las tareas se hacían de conjunto. Ya en el año 1960 iniciamos la construcción del pueblo con las primeras 140 casas destinadas a los granjeros.

“En ese entonces nos visitó Celia Sánchez y orientó la creación de un puesto médico para atender, en caso necesario, a los constructores que trabajaban en la edificación del pueblo y también a la población”.



Niria rememora su labor como brigadista sanitaria./Foto: Vicente Brito

¿Cómo se convierte en brigadista sanitaria?

Había un médico, pero no tenía enfermera, entonces Eloína García y yo nos acercamos a él para ofrecerle ayuda. El doctor nos enseñó lo elemental: poner inyecciones, realizar curaciones, tomar la presión arterial, suturar heridas...

Teníamos nuestro uniforme gris que nos identificaba como brigadistas sanitarias, incluso llevábamos a los pacien-

tes remitidos hasta el hospital provincial y se los entregábamos a los médicos de guardia, había mucho respeto por nuestra labor. Cuando terminábamos el trabajo del día nos vinculábamos a las tareas de la comunidad, visitábamos a las mujeres embarazadas y a las que debían realizarse algún examen médico.

¿Recuerda alguna anécdota de aquellos tiempos?

Mi estreno como brigadista sanitaria fue haciendo un parto de jimaguas en el propio bohío donde vivía la paciente, porque no dio tiempo a enviarla para el pueblo. Nos avisaron por la tarde y llovía torrencialmente con unos truenos de espanto, salimos con la bolsa y las cosas necesarias; en algunas partes del camino el fango nos daba a la rodilla, se nos hizo de noche y nos alumbramos con una “chismosa” de petróleo, así nacieron primero el niño y después la niña. Sus padres, agradecidos por el esfuerzo que hicimos para salvarlos, les pusieron Rolando, el nombre del doctor, y Niria, el mío.

¡Y qué decir de la primera campaña de vacunación masiva!; eran unos caramelos de colores y cada uno se correspondía con el tipo de vacuna. Fueron tres dosis, pero tuvimos que enfrentarnos a la ignorancia de muchos habitantes, sobre todo en sitios intrincados, porque la contrarrevolución estaba difamando y las personas se negaban a vacunar a sus hijos. Caminamos kilómetros y kilómetros hasta llegar a todas partes, pero cumplimos.

¿Y por qué no se graduó como enfermera?

Mamá nunca me dejó ir a estudiar a Sancti Spiritus. Yo era huérfana de padre desde los siete años y la mayor de mis hermanos, debía trabajar para ayudar con los gastos de la casa, mamá lavaba pago en el río y a mí me tocaba llevar y traer el bulto de ropas; pero, aun así, no dejé de asistir a ninguna tarea de las que se me convocaba por las Milicias, la Juventud o la Federación de Mujeres Cubanas, de la que también soy fundadora.

Luego de casarme me sentí un poco más libre, mi esposo, con el cual llevo 55 años, me apoyaba en todas las tareas. En el año 77 comencé a trabajar en la Fábrica de Cemento Siguaney como jefa de la brigada de servicio que atendía también el albergue. Allí estuve hasta que me jubilé, pero antes fui varios años Vanguardia Nacional.

¿Cómo valora el papel de la brigadista sanitaria hoy?

Aquella efervescencia inicial fue perdiendo su protagonismo en la base, en la misma medida que surgía la enfermera y el médico de la familia; sin embargo, pienso que todavía la brigadista sanitaria, que hace su labor de forma voluntaria en los bloques y delegaciones de la FMC, tiene mucho que aportar. Estamos atravesando un período complejo con la infestación del mosquito y nosotras somos un ejército en la base. (X. A. M.)

Escambray

Órgano Oficial del Comité Provincial del Partido en Sancti Spiritus
Fundado el 4 de enero de 1979

Director: Juan A. Borrego Díaz
Subdirectora: Gisselle Morales Rodríguez
Jefe de Información: Reidel Gallo Rodríguez
Editora: Yoleisy Pérez Molinet

Diseño: Angel R. Borges y Yanina Wong
Corrección: Miriam López y Arturo Delgado
E-mail: cip220@cip.enet.cu
Teléf. 41323003, 41323025 y 41323047

Dirección: Adolfo del Castillo No. 10
Código Postal: 60 200. Sancti Spiritus
Impreso en Empresa de Periódicos.
UEB Gráfica Holguín. ISSN 9664-1277